

orilla fueron cercadas y hubieron de capitular. En esa campaña de Rugen perdieron los suecos entre muertos, heridos, prisioneros y desertores unos 4.000 hombres. La isla fué ocupada por los dinamarqueses, que eran los que debían poseerla una vez lograda la paz, y los prusianos y sajones regresaron al continente para colocarse en la línea de sitio delante de Stralsund.

Seis semanas duró allí todavía la lucha: Carlos XII, que dirigía personalmente la defensa de la plaza, estaba firmemente resuelto á resistir hasta el último trance; pero en vista de que los sitiadores, aunque con grandes pérdidas, avanzaban continuamente y se disponían para el asalto general, intentó entrar en negociaciones y solicitó un largo armisticio ofreciéndose á reconocer, hasta que la paz se firmara, el tratado de secuestro; prometiendo aceptar gustoso cuanto le propusieran; mostrándose dispuesto á reconocer al rey Augusto de Polonia y manifestando que no le remordía la conciencia por haber promovido ningún *casus belli* con Dinamarca. La contestación dada á los negociadores fué que solo se trataba de la capitulación ó del asalto, pues todo lo demás se discutiría cuando se entablasen las negociaciones para la paz. Entonces Carlos XII resolvió abandonar la ciudad á su suerte y ponerse en salvo, y en 21 de diciembre, después de haber permanecido hasta media noche en el rellin completamente desmantelado por los proyectiles enemigos y de haberse despedido de los suyos (1), se embarcó en un pequeño buque mercante que le condujo felizmente á Suecia. El rey de Dinamarca había prometido á su almirante 50.000 thalers si lograba hacerle prisionero.

En aquel mismo día el general Ducker, comandante de Stralsund, se declaró pronto á capitular, habiéndose firmado la capitulación en 24 de diciembre (2). La guarnición quedó prisionera de guerra, pero merced á la intercesión del rey de Prusia, el de Dinamarca consintió en que fueran excluidos de esa condición 1.000 soldados y 120 oficiales suecos de las tropas nacionales suecas, que durante el invierno permanecieron en territorio prusiano y en la primavera fueron conducidos á Suecia. El día 25 de diciembre los vencedores entraron en la ciudad conquistada, la cual, lo mismo que Rugen y el territorio situado al Norte del Peene, estaba destinada á botín de los dinamarqueses.

Desde el año 1712, después de la rendición de Stade, los suecos habían abandonado militarmente los ducados de Bremen y Verden: entonces hubo de decidirse la cuestión pendiente desde aquella fecha sobre si había de ser Dinamarca ó Hannover quien heredara el poderío sueco en aquellos territorios. Los hannoverianos ocuparon ya en 1712 el ducado de Verden, y entre ellos y los dinamarqueses se firmó ahora un tratado en virtud del cual Federico IV de Dinamarca renunciaba también á la posesión del ducado de Bremen tomando como botín el Schleswig de Gottorp y la Pommerania occidental. En octubre de 1715 fué entregado el territorio á las autoridades hannoverianas, habiendo contribuido naturalmente no poco á este triunfo la circunstancia de ser el elector de Hannover el rey Jorge I de Inglaterra.

La última plaza que conservaron los suecos en Alemania, Wismar, hubo también de rendirse en abril de 1716, siendo ocupada por dinamarqueses, prusianos y hannoverianos.

Con esto quedó borrada la última huella de la dominación sueca en las costas del Norte de Alemania. Ochenta

(1) Los oficiales suecos que negociaron la capitulación dijeron que «había abandonado aquel lugar con la misma pena que el amante abandonado á su amada.» *Journal de la campagne*, pág. 361.

(2) Inserta en Nordberg, tomo III, pág. 553.

años habían transcurrido desde el desembarco de Gustavo Adolfo en Pommerania, durante los cuales había pesado siempre funestamente sobre el Imperio alemán, lo mismo en tiempo de paz que de guerra, el poder del pueblo septentrional conquistador, que había dominado en parte el Weser y el Elba y totalmente el Oder. El Gran Elector había puesto término á este estado de fuerza; pero la voluntad del monarca francés lo había restablecido. Ahora esa voluntad no existía, pues Luis XIV murió precisamente cuando agonizaba la dominación sueca en Stralsund, que en otro tiempo fuera para él de tanta importancia (1.º de setiembre de 1715), y su sucesor adoptó una política muy distinta, con lo cual vino á quedar decretada la decadencia política de Suecia.

La preponderancia que esta potencia ejerciera hasta entonces en el Norte pasó á otras manos; Dinamarca consolidó su situación tan frecuentemente amenazada, Prusia y Hannover se encumbraron y Rusia se preparó á recoger la herencia principal de Suecia.

Durante algún tiempo pareció que la destruida dominación sueca en el Norte de Alemania sería inmediatamente reemplazada por la de Rusia.

Cinco años transcurrieron aun después de los decisivos acontecimientos de 1715 y 1716 antes de que renaciera la calma entre los elementos profundamente agitados del Norte de Europa y antes de que se fijase definitivamente la situación de las potencias.

Nosotros solo podemos estudiar en sus rasgos principales la complicada evolución que se operó para llegar á este resultado, ocupándonos aisladamente de cada una de las potencias que en ella intervinieron.

Ni aun después de su derrota en Alemania consideró Carlos XII su causa como perdida; por el contrario, trabajó incesantemente en robustecer su ejército y su armada, en sacar hombres y dinero de su país completamente esquilinado y en desunir por medio de negociaciones diplomáticas á sus enemigos procurando desencaminarlos y lanzarlos unos contra otros. Le ayudaba en esta tarea como hombre de toda su confianza el baron de Gortz que, después de haber fracasado como hombre de Estado de la casa de Gottorp, habíase puesto completamente al servicio de Carlos XII. Era Gortz un intrigante político de primera fuerza, dotado de gran inventiva y no menor osadía («impertinente y embustero» al decir del rey Federico Guillermo de Prusia), lleno de inquebrantable confianza en sí mismo, experto en todas las mañas y arterías de la diplomacia, nada escrupuloso en la elección de medios, pero completamente adicto á la causa por que trabajaba: él fué quien, entre otras cosas, inventó aquellos famosos thalers de cobre suecos y el papel moneda con cuya emisión salvó por el momento á la hacienda de la situación crítica por que atravesaba, precipitando en cambio la bancarrota futura. Mientras estuvieran esos dos hombres al frente del Estado no había que pensar en que Suecia reconociera el hecho de su derrota. La habilidad diplomática del baron de Gortz llegó á conseguir que, en medio de la monstruosa confusión de combinaciones políticas que surgieron en los años inmediatos, Suecia y Rusia estuvieran en 1718 á punto de juntarse y formar un partido político cerrado, junto al cual aparecía en actitud vacilante Prusia y enfrente del que se encontraban Polonia, Dinamarca y Hannover-Inglaterra. La muerte de Carlos XII, que murió de un balazo delante de la plaza noruega de Friedrichshall, echó por tierra esa combinación, y como en seguida de ocurrir aquella los elementos de la antigua aristocracia hasta entonces oprimidos y enemigos del régimen existente, es decir, el llamado «partido de la libertad», se sublevaron en Es-

tololmo y se apoderaron de la gobernación del Estado, Gortz fué la primera víctima de los nuevos gobernantes, que mandaron decapitarle en aquella ciudad en 13 de marzo de 1719. Todo aquello á que Gortz había consagrado, en el curso de su existencia aventurera, la fuerza de su talento extraordinario siguió derroteros muy distintos de los que él proyectara, no realizándose siquiera el plan por él concebi-

do para que la casa de Holstein-Gottorp ocupara el trono de Suecia, pues la elección de los Estados suecos recayó en la hermana del monarca difunto y en su esposo el landgrave Federico de Hesse-Kassel. De esta suerte quedó preparado en Suecia el terreno para la paz que solo podía obtenerse á fuerza de abdicaciones.

Cuanto menor era el peligro que de parte de Suecia ame-



La reina Sofia Dorotea de Prusia

Facsimile reducido del grabado, 1715, de J. Smith (1654 hasta después de 1727). Cuadro original, 1714, de F. W. Weidemann

nazaba, peligro que propiamente solo había de temer Dinamarca, tanto mas enmarañados aparecían los intereses de todas las demás potencias á quienes afectaba la situación del Norte de Europa.

La casa de Hannover había adquirido Bremen y Verden sin grandes esfuerzos militares y merced á su unión con Inglaterra, pues aun cuando el parlamento inglés estaba muy poco dispuesto á dejarse arrastrar en complicaciones extranjeras por causa de los intereses hannoverianos de Jorge I, era evidente que en las cuestiones importantes los intereses del imperio británico y los de Hannover eran comunes. Para el comercio inglés era de suma importancia que Bremen y Verden, los países en donde desembocaban en el mar el Elba y el Weser, no permanecieran en poder de los suecos:

nada podía asegurar mejor el tráfico comercial con Hamburgo, tan importante para la marina inglesa, como el que aquellos territorios fueran anexionados á Hannover, de modo que en este punto coincidían los intereses de los dos Estados á la sazón unidos bajo el poder de la casa de los Güelfos.

Mas también en las regiones del Báltico tenía la política inglesa poderosos motivos para estar en guardia. En Londres veíase con creciente desconfianza el aumento de la escuadra rusa y los patentes esfuerzos del czar Pedro para impedir cada vez mayor vuelo al comercio ruso en el Báltico y quizás para consolidarlo definitivamente en las costas alemanas.

La hegemonía báltica de la pobre Suecia, con sus impues-

tos aduaneros tan gravosos todavía, podía ser tolerada por la poca importancia del comercio activo, pero ¡cuán distinto había de ser el porvenir de la marina mercante inglesa si Rusia llegaba á ocupar el puesto de Suecia y se encargaba por sí misma del comercio de todas las primeras materias importantes de su país y de Polonia que hasta entonces habían monopolizado Inglaterra y Holanda! «El comercio del Báltico, decía en un folleto de la época, había sido en otro tiempo libre para todas las naciones; pero hoy está á merced del czar (1).» Inglaterra había conseguido en la paz de Utrecht las mayores ventajas para su comercio con el Sur de Europa y con las colonias; en cambio ahora veía seriamente amenazado el del Báltico por la competencia rusa.

La creciente rivalidad entre Rusia é Inglaterra, que se había ido evidenciando cada vez más desde la paz de Utrecht, constituyó, pues, un nuevo elemento de tirantez y de hostilidad en las regiones septentrionales. Natural era que este estado de cosas viniera á favorecer á Suecia, é indudablemente la hubiera favorecido si la situación interior de Inglaterra en aquellos años le hubiera permitido una intervención enérgica.

También se acentuaba de día en día la rivalidad entre las cortes de Hannover y de Berlín (2), que fué desde entonces un factor importantísimo y permanente de la vida política alemana. Además del rey Jorge I, su influyente y sábio ministro Andrés Teófilo de Bernstorff estaba plenamente convencido, como primer hombre de Estado güelfo, de que el antagonismo entre Prusia y Hannover, apoyado por la alianza con Inglaterra, había de ser en lo sucesivo la potencia dominante en el Norte de Alemania, y considerando que el desarrollo simultáneo de Prusia era un grave obstáculo para ello, acarició desde 1714 el plan de proceder á un reparto de este Estado en provecho de Hannover y de Austria (3). Contra Prusia iban también dirigidos los esfuerzos durante algún tiempo realizados por Hannover para adquirir para sí Stralsund y Rugen. Por lo menos se intentó después inducir al rey Federico Guillermo á que tomara parte en una política enérgica dirigida contra Rusia; pero como el monarca prusiano quiso obrar en este punto con entera independencia y se mostró contrario en absoluto á un rompimiento con el czar, de aquí que aumentara la desconfianza entre las dos emparentadas cortes del Norte de Alemania.

Tampoco la política imperial dejó de tramitar sus hilos en el tejido de confusiones que sobre la Europa septentrional se extendía. El gobierno de Carlos VI, que á tantos negocios había de atender, á pesar de la nueva guerra turca, de la que hablaremos más adelante, halló tiempo y ocasión para intentar como jefe del Imperio una intervención en los asuntos del Norte, pues el emperador consideraba intolerable que se realizaran las importantes transformaciones que allí se operaban sin que en ellas tomaran oficialmente parte él y el Imperio. Ya á principios de 1713, de acuerdo con el elector Jorge Luis de Hannover y otros Estados imperiales de la Alemania del Norte, había propuesto la reunión de un congreso en Brunswick que se encargara de establecer la paz en el Norte. Este congreso, aplazado y reanudado repetidas veces, no tuvo ninguna consecuencia práctica. Esto no obstante Viena no cesó en sus tentativas de mezclarse, por causa del emperador y del Imperio, en el arreglo de los asuntos

(1) De un folleto publicado en 1716 é inserto en Droysen, tomo IV, pág. 2193.

(2) Véase más arriba.

(3) Ranke: *Historia inglesa*, tomo VII, pág. 104. ¿Llevaría esta noticia una fecha equivocada y se referiría á la alianza de Viena, de 1719, de que hablaremos más adelante?

de la Alemania del Norte, resultando sus esfuerzos inútiles en cuanto á las cuestiones relativas á Pommerania y algo más eficaces respecto de los disturbios de Mecklenburgo. La firmeza con que desde la paz de Utrecht el gobierno prusiano siguió su propio camino, distinto del de la corte vienesa, produjo muy pronto un violento desacuerdo entre Berlín y Viena que impulsó nuevamente al emperador á aliarse con Inglaterra-Hannover con tanto más motivo cuanto que por un lado le unía á esta potencia el peligro común de un avance de Rusia hácia el Oeste y por otro creía no poder prescindir del favor de Inglaterra y de la ayuda de su escuadra para hacer frente á las nuevas complicaciones que en el Sur de Europa se iniciaban.

En medio de todo este movimiento, la Prusia de Federico Guillermo I ocupó una situación completamente propia. Ni entonces ni después encontramos en la política exterior de este monarca un solo rasgo que revele una iniciativa atrevida y brillante; se hizo dueño de Stettin y de las bocas del Oder, pero no como conquistador resuelto que hace valer sobre aquella posesión un derecho antiguo é imprescriptible, sino como ejecutor de un tratado de secuestro que reservaba á Suecia el derecho de propiedad. Ni siquiera se consideró seguro de la posesión legal de Stettin después de haber tomado parte en la guerra contra los suecos y de haber contribuido á arrojar á estos del territorio alemán, no atreviéndose en manera alguna á exigir que aquel territorio le rindiera homenaje como se lo hizo rendir Federico el Grande inmediatamente después de la toma de Breslau. Tampoco pensó nunca en restituir aquella preciosa adquisición, como lo prueba el tratado ruso de garantía de 1714. Lo único que deseaba era tener una base jurídica algo mejor que la simple fuerza material, y por esto de buena gana habríase entendido con Suecia; pero de todos modos retuvo lo que poseía y preciso es confesar que no le faltó energía para esto. En sus relaciones con los demás Estados no se mostró agresivo, pero en cambio dió pruebas de gran vigor en su actitud defensiva. Celoso de su autonomía política, se irritaba contra cualquiera que quisiese atentar contra ella, lo mismo si era una potencia extranjera que si se trataba del propio emperador: «Me estaré con gusto quieto mientras nadie me moleste, pero al que me muerda le morderé,» ó como escribía á Ilgen durante el congreso de Utrecht á propósito de la conducta hostil de la corte imperial: «Me mantendré firme aunque lo pierda todo: lo mismo me da comer pan y queso que alondras y verduras; el que quiera hacerme daño es preciso que se vaya con mucho tiento.» Su mayor aspiración era verse libre de las funestas intrigas de la alta política que no hacen más que mear los caracteres. Las importantes atenciones del interior de su Estado, á que se consagró en seguida, fueron la obra que más le atraía é interesaba.

Pero esa actitud prudente y pasiva era entonces imposible: aquella época de complicaciones no permitía la situación neutral, pacífica y conciliadora en que el rey quería colocarse. Especialmente con la corte de Viena ocurrieron los más penosos rozamientos. Un astuto aventurero húngaro llamado Klement, que como agente político secreto había servido á varios príncipes, entre ellos á Eugenio de Saboya, y que conocía íntimamente los secretos políticos y cortesanos de las más distintas esferas, suministró en el otoño de 1718 al gabinete prusiano varias supuestas pruebas de una conspiración tramada contra Prusia por el feldmariscal sajón conde de Flemming y aceptada por la corte de Viena para destituir al rey en Wusterhausen y llevarlo prisionero á Viena, invadir Berlín, apoderarse del tesoro real, educar católicamente al príncipe heredero y reducir considerablemente el Estado prusiano. Añadió el denunciador que el príncipe

Eugenio, que estaba iniciado en el plan, deseaba llegar á una inteligencia con el rey de Prusia y que á este objeto le había comisionado á él, desprendiéndose además de las manifestaciones de Klement que en Prusia y aun entre los que más de cerca rodeaban al monarca eran muchos los que tenían noticia de esos proyectos. Esta denuncia, á pesar de ser tan burda, halló crédito en Berlín y especialmente en el rey, y el mistificador, merced á manuscritos hábilmente falsificados que puso de manifiesto y á los datos exactos que de personas y sucesos poseía, consiguió dar á sus denuncias cierto carácter de verosimilitud, y como era natural no dejó de hacerse pagar convenientemente sus oficiosas noticias. El rey Federico Guillermo se encolerizó y tan convencido estaba de la certeza de cuanto Klement le había dicho que, cuando este se vió al fin obligado á confesar que todo era mentira, aun llegó á dudar de la sinceridad de esta confesión, y para averiguar la verdad del asunto envió á Viena secretamente y con un falso nombre á un embajador especial: la enérgica respuesta que le dió el príncipe Eugenio diciéndole que era jefe del ejército imperial y no de una cuadrilla de bandidos, vino á confirmar que la corte prusiana había sido víctima harto crédula de las intrigas de un bribón (1).

Tres meses transcurrieron antes de que se pusiera completamente en claro tan enojoso asunto. Klement fué ejecutado en abril de 1720, pero ya se comprenderá que la desconfianza de que la corte prusiana había dado pruebas respecto del emperador y de su entonces amigo íntimo el rey Augusto de Polonia era muy poco á propósito para imprimir un carácter amistoso á las relaciones entre Berlín y Viena. Poco después de aquel episodio se firmó la llamada alianza de Viena (5 de enero de 1719) en la cual el emperador, Sajonia-Polonia é Inglaterra-Hannover se unieron para formar una liga que á pesar de ser puramente defensiva envolvía tendencias bastante ofensivas contra Rusia y contra Prusia (2). Poco antes el hijo de Augusto el Fuerte, el príncipe electoral Federico Augusto de Sajonia, había abrazado públicamente el catolicismo (1717) y había pedido la mano de la archiduquesa María Josefa, hija mayor del emperador José I (febrero de 1718). Las cortes de Viena y de Dresde estaban en la más íntima inteligencia y á ellas se unió también la de Hannover, y como las tres coincidían en su odio contra Rusia y en su envidia á Prusia, estas dos potencias se vieron precisadas á no contar sino mutuamente una con otra. Para el rey Federico Guillermo I la columna fundamental más fuerte de su política exterior era en aquellos años la

(1) Si se quiere conocer más detalladamente este asunto del aventurero Klement, que fué algo análogo á las cuestiones de Pack, de 1528, véanse Droysen, tomo IV, pág. 232; Witzleben en la *Revista para la historia prusiana*, 1874, pág. 451; Arneht: *Príncipe Eugenio de Saboya*, tomo III, pág. 195; Weber: *De cuatro siglos* (Leipzig, 1857), tomo I, página 167. Respecto de las vacilaciones del rey Federico Guillermo, que, conforme á su temperamento sanguíneo, estuvo mucho tiempo indeciso antes de pronunciarse definitivamente en este asunto, la mejor demostración de ellas está en su propia correspondencia con el príncipe Leopoldo de Dessau, publicada por Witzleben en la *Revista para la historia prusiana*, 1871, pág. 383. En 13 de julio de 1719 escribía aquel monarca: «Puedo decir que ninguna persona de viso ha intervenido en la trama y que esta solo ha sido combinada por canallas para sacarme algún dinero;» y en 1.º de agosto del propio año había cambiado por completo de opinión y creía que en el asunto estaba complicado el feldmariscal Flemming.

(2) Véase la traducción alemana del documento con las notas marginales de Ilgen y del rey Federico Guillermo en Droysen, tomo IV, pág. 371. Véase también el trabajo del propio autor sobre la alianza de Viena de 1719 en las *Disertaciones para la historia moderna*, pág. 285. Esta alianza era, sin embargo, un castillo levantado en el aire y muy pronto desapareció cediendo su puesto á otras combinaciones.

alianza con Rusia por la que tan pocas simpatías sentía. Pero una diversion operada por el rey Jorge I, á quien no querían seguir por los caminos de la política particular hannoveriana ni el Parlamento, ni sus ministros ingleses, trajo consigo al cabo de poco tiempo una inteligencia entre Berlín y Hannover á consecuencia de la cual se firmó con la intervención inglesa la paz de Estokolmo, de la que nos ocuparemos más adelante, entre Prusia y Suecia.

Pero de todas las transformaciones que en el Norte de Europa se realizaron la que mayor emoción produjo en todas partes fué el irresistible encubramiento de Rusia.

¿Cómo había variado la situación de esta potencia en los pocos años transcurridos desde la jornada de Pultawa! En su poder estaban las provincias suecas del Báltico; Finlandia había sido por ella conquistada; en Polonia dominaba el czar casi como soberano; la escuadra rusa del Báltico aumentaba de día en día, y ya en 1713 un ejército ruso había llegado hasta el Holstein. El czar Pedro había obligado á Europa á contar con él en sus cálculos políticos, y no solo á las potencias vecinas suyas, sino también á las más apartadas, de tal manera que los efectos de sus actos se debían sentir hasta en París y en Madrid y que la acción de su nuevo poderío se reflejaba en las más lejanas combinaciones políticas (3).

Se había permitido á aquel semiasático, á quien en otro tiempo se miraba con desprecio, emparentar con ilustres casas reinantes de Alemania merced al matrimonio de Alejo, hijo del czar, con la princesa Carlota de Wolfenbuttel (4).

Los progresos de Rusia en Occidente tomaron un carácter alarmante en el año 1716.

Para el verano de dicho año tenían proyectado el czar y el rey Federico IV de Dinamarca atacar juntos á Schonen para arrebatar esta posesión á los suecos. En el mes de julio se presentó en la rada de Copenhague una numerosa escuadra rusa, y en la isla de Zelandia se reunió un ejército ruso que poco á poco fué aumentando hasta llegar á 40.000 hombres. Este alarde de fuerzas por parte de Rusia era un acontecimiento en alto grado alarmante para Dinamarca, porque ¿se hacía realmente solo para efectuar el proyectado desembarco en Schonen? Las fuerzas del ejército ruso excedían en mucho del número convenido con Dinamarca para llevar á cabo aquella expedición, y circulaban á este propósito los más extraños rumores. Al moscovita, que se encontraba en Copenhague, se le creía capaz de cualquier violencia y en muchos detalles se había traslucido su deseo de afirmar su dominación en aquellas regiones del Báltico. En Copenhague no parecía imposible que el czar intentara dar un golpe de mano sobre la capital dinamarquesa, y temiéndolo así se aumentaron á la callada los centinelas, se pusieron cañones en las murallas, se tuvo á las tropas sobre las armas y se distribuyeron cartuchos entre los habitantes de la ciudad. Afirmaban otros que el czar exigía del rey de Dinamarca, como precio de su auxilio, la cesión de Stralsund y de la Pommerania occidental, y que no solo se le había prometido esto, sino además Stettin. ¿Proyectaba quizás el czar quedarse con Schonen que debían conquistar unidos rusos y daneses? Donde mayor excitación producían todas estas cosas era en Londres y en su consecuencia se trazaban los planes más

(3) «No puede negarse que hizo gran papel en Europa y en Asia.» Saint Simon en la *Historia del Estado ruso*, de Herrmann, tomo IV, pág. 313.

(4) Por algún tiempo pensóse en una de las hijas del emperador Francisco José I, pero la corte de Viena no aceptó ese plan. Las negociaciones con la corte de Wolfenbuttel comenzaron ya en 1707, pero en un principio el duque Antonio Ulrico procuró darles largas. Véase Bruckner: *El casamiento de Alejo* (Heidelberg, 1880), pág. 67, en donde hay detalles de la historia de este desdichado enlace.

extravagantes, entre ellos el de que la escuadra inglesa mandada por el almirante Norris cayera de improviso sobre la rusa y la destruyera; el de reproducir una especie de Visperas Sicilianas contra las tropas rusas que se hallaban diseminadas en Zelandia; el de hacer prisionero al czar (1).

Tuvieran ó no fundamento estas fantasmagorías políticas, es lo cierto que la expedición á Schonon no se llevó á cabo, despues de haberse ido aplazando un mes y otro mes con pretextos que no conocemos por completo. Un viaje de reconocimiento que realizó el czar á lo largo de las costas suecas patentizó que se habian hecho allí grandes preparativos para rechazar cualquiera agresion y en su vista se acordó desistir por aquel año de la empresa. Esto produjo, como era natural, profundo descontento entre los aliados, y fuese cual fuere el fin que se hubiera propuesto el soberano ruso con este gran alarde de fuerzas, es evidente que dió un golpe en vago (2).

Pero inmediatamente surgió otra complicacion, la de Mecklenburgo (3).

El ejército ruso al dirigirse á Dinamarca en la primavera de 1716 habia pasado por Mecklenburgo; y habiendo caido por aquel mismo tiempo, segun hemos referido ya, la plaza de Wismar en poder de los aliados (abril de 1716), el general ruso Repnin habia hecho algunas tentativas para apoderarse de aquella importante plaza de la costa en cuya conquista ninguna parte tomara, siendo resueltamente rechazadas sus pretensiones por los aliados dinamarqueses y hannoverianos. La política rusa habia dado á conocer sobrado claramente sus deseos de apoderarse de una plaza fuerte en aquellas costas del Báltico y el fracaso evidente de sus planes puso fuera de sí al czar. A fines de otoño el grueso del ejército ruso regresó de Zelandia, pero en vez de retirarse á Polonia, como se creía, se quedó en Mecklenburgo, donde estableció sus cuarteles de invierno. El czar, sin curarse de la neutralidad del emperador y del Imperio y sin hacer el menor caso de las protestas formuladas por los países vecinos para quienes era una amenaza esa concentracion de tropas, dispuso á su antojo de aquel ducado de la Alemania del Norte cual si el territorio del Imperio germánico fuera una posada en donde pudiera cualquier caminante entrar y quedarse á su voluntad. En Hannover principalmente produjo aquel hecho la mas profunda indignacion, augurándose los mayores males de aquel acuartelamiento de los rusos en Mecklenburgo que poco á poco fué aumentando hasta llegar á la cifra de 50.000 hombres. Hablábese allí de ciertos planes que tenian los rusos respecto de Lubeck y de Hamburgo, y todo el mundo se irritó en extremo al ver que el rey Federico Guillermo de Prusia, á la sazón en perfecta inteligencia con el czar, tomaba la cosa tranquilamente y no se decidía á realizar ningun acto de hostilidad contra tamaño abuso.

El asunto tenia, además, otras conexiones. El soberano del territorio ocupado por el ejército ruso, el duque Carlos Leopoldo de Mecklenburgo-Schwerin, estaba desde hacia años en profundo desacuerdo con los Estados de su país, con los caballeros y con las ciudades, porque con sus medidas autocráticas y violentas pretendia implantar un régimen monárquico absoluto en contra de lo que disponia la Constitucion por escrito confirmada. Para realizar estos planes, se

(1) Herrmann, tomo IV, pág. 299; Droysen, tomo IV, pág. 174.
(2) Schirren, en la *Revista científica de Göttinga* (1880, pág. 940), dice que la verdadera clave para comprender los sucesos de 1716 está en la publicacion rusa *Materiales para la historia de la escuadra rusa*, 1865. Desgraciadamente no puedo utilizar este tesoro.
(3) Kluver: *Descripcion del ducado de Mecklenburgo*, tomo IV, página 20; Heinrich: *Historia del Imperio germánico*, tomo VII, págs. 726 y 740.

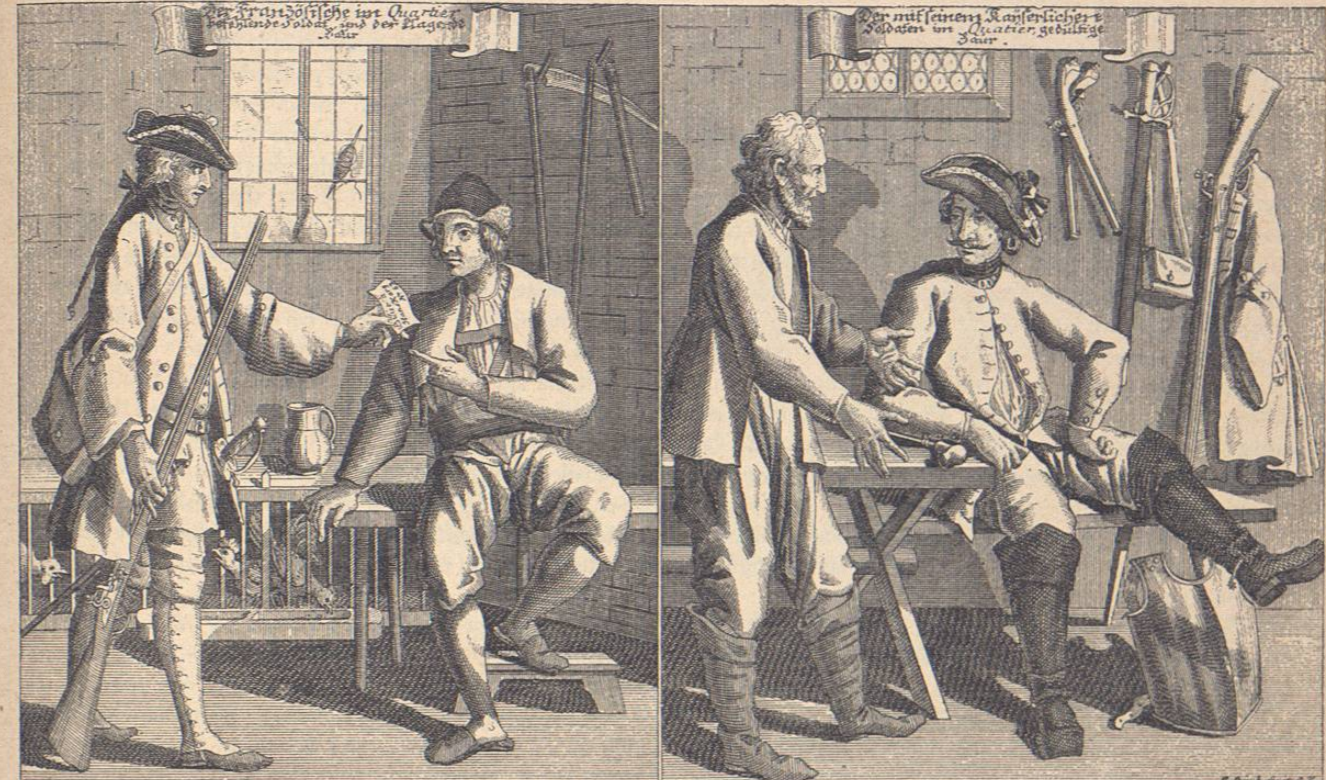
habia unido estrechamente el joven autócrata con el czar de Rusia, á quien tomaba por glorioso modelo y de quien solicitaba apoyo y ayuda, y se habia casado en abril de 1716 con la sobrina de este, Catalina Ivanovna. Protegido y auxiliado eficazmente por el ejército ruso en su territorio acuartelado, inició el duque un régimen de terror de la peor especie, y aun cuando probablemente era infundado el rumor de que quisiera ceder su dominio mecklenburgués al czar permutándolo por la Livonia, es lo cierto que fué un hecho altamente lamentable la permanencia en Mecklenburgo de 50.000 rusos que cometieron toda clase de violencias y depredaciones, y amparado por los cuales un príncipe ambicioso y dominado por la codicia quiso pisotear el derecho y la Constitucion de su país. ¿Existian aun el emperador y el Imperio para el país y sus habitantes, ó dominaba en su lugar el czar de Rusia? Los Estados acudieron en queja al emperador y en la dieta de Ratisbona la cuestion de Mecklenburgo fué discutida con las declamaciones mas enérgicas, pero ni la dieta ni el emperador concedieron el auxilio que aquellos demandaban. El emperador estaba ocupado en la guerra turca y sus excitatorios y auxiliatorios oficiales dirigidos á los círculos de la Baja Sajonia y á los vecinos de ellos para que cumplieran con sus deberes y pusieran orden en los asuntos de Mecklenburgo, no pasaron de meras formalidades que no produjeron efecto alguno. Tambien Prusia miraba con cierta indiferencia esta cuestion y estaba resuelta á no reñir con Rusia por causa de la misma. Si el czar Pedro se vió obligado en el verano de 1717 á evacuar á Mecklenburgo, tal resolucion no fué debida á las excitaciones del emperador ni á las protestas del Imperio, sino á un nuevo cambio diplomático, á la triple alianza concertada en enero de 1717 entre Inglaterra, Francia y los Países Bajos; á la presion que merced á ella pudieron ejercer Inglaterra y Hannover sobre Rusia y al fracaso de la tentativa hecha por Pedro en su viaje á Paris durante el verano de 1717 para obtener una estrecha alianza política con Francia. Consecuencia de esto fué que el baron de Gortz pudo al fin ver coronados por el éxito sus esfuerzos de que ya hemos hablado, estableciendo una inteligencia entre Rusia y Suecia; y como ya entonces no se habló mas de la expedición á Schonon, el ejército ruso no tuvo este pretexto para permanecer mas tiempo en territorio alemán.

Estas complicaciones terminaron con algunos disturbios en Mecklenburgo. El pequeño tirano de Schwerin, Carlos Leopoldo, aun despues de la retirada de los rusos, perseveró en su régimen despótico oprimiendo y esquilmando al país y muy especialmente á los caballeros y á la ciudad de Rostock. Cediendo á sus instancias el czar le habia dejado un cuerpo de ejército de 3.300 hombres, mas no contento con esto el duque reunió poco á poco otro de unos 10.000. Muchos nobles emigraron á Berlin y á Hannover implorando vivamente una intervencion enérgica del Imperio, mientras en Mecklenburgo el duque los declaraba rebeldes y confiscaba sus bienes. La situacion por que atravesaba el ducado hacia aparecer como indispensable una intervencion imperial que pusiera orden en aquel estado de cosas y la corte de Viena aprovechaba con gusto esta clase de ocasiones para restaurar la consideracion de su soberanía harito quebrantada. En octubre de 1717 se confió al elector de Hannover y al duque de Wolfenbuttel la ejecucion imperial que, sin embargo, se prolongó durante un año, pues hasta el mes de febrero de 1719, es decir, poco despues de haberse firmado la alianza de Viena entre el emperador, Sajonia-Polonia é Inglaterra-Hannover, no se puso en movimiento el ejército de ejecucion de Hannover y Wolfenbuttel en número de 13.000 hombres que al mando del general Bulow penetró en Mec-

lenburgo. El duque Carlos Leopoldo fué bastante osado para alzarse en armas, y mientras él acudió precipitadamente á Berlin é intentó en vano obtener la ayuda del monarca prusiano, su ejército, á las órdenes del general Conrado de Schwerin, el que despues fué feldmariscal de Prusia y vencedor en Molwitz, salió al encuentro de los invasores. Bulow trató de envolver con fuerzas superiores á los mecklenburgueses y cortarles la retirada, pero en un combate nocturno que se libró en Waldmuhlen del Suda (6 de marzo de 1719) Schwerin derrotó y puso en completa dispersion á los hannoverianos y se trasladó con los suyos á lugar segu-

ro. A pesar de esto la ejecucion imperial siguió su curso sin que se opusiera resistencia armada á su cumplimiento; las tropas rusas fueron llamadas á su país y muy pronto todo el territorio mecklenburgués estuvo en poder de los hannoverianos, haciéndose cargo del gobierno en nombre del emperador una comision constituida en Rostock.

Sin embargo, no quedó con ella resuelta ni mucho menos la cuestion de Mecklenburgo, sino que durante muchos años aquel ducado, por tantas calamidades afligido, fué teatro de intrincadas contiendas intestinas de las que no hemos de ocuparnos en este lugar. Unicamente diremos que el re-



Alojamiento de extranjeros y de compatriotas á principios del siglo XVII. Facsimile del grabado de E. Buck

sultado político inmediato de la catástrofe de Carlos Leopoldo fué poner término á la desatendida conducta de ese protegido de Rusia merced á la cooperacion de la política imperial y la guélfia y con exclusion intencionada de la vecina Prusia que por muchos conceptos era la potencia mas interesada en ese asunto. De todas suertes, desde aquel momento quedaban destruidas las esperanzas acariciadas por el czar Pedro de tener en las costas alemanas del Báltico un firme punto de apoyo para el poderío terrestre y marítimo de Rusia.

De ese casi inextricable caos de verdades y mentiras, de intereses y codicias, de proyectos y quimeras, de agrupaciones y separaciones, de fatalidades y casualidades que en sus líneas principales hemos señalado, salió en definitiva una pacificacion general del Norte de Europa.

Creemos que nuestros lectores no hallarian atractivo alguno en acompañarnos por ese laberinto espinoso de negociaciones parciales, por muy instructivo que sea el conocimiento de las mismas para comprender los manejos diplomáticos de aquella época, apreciar las personalidades y hacerse cargo de las causas de los hechos. Para nuestro objeto bastará agrupar someramente los resultados de todo ello.

Circunstancias del orden interior y exterior, que afectaban á Hannover unas y á Inglaterra otras, hicieron que Jorge I de Inglaterra fuese el primero que como elector hannoveriano firmara la paz con Suecia. En Estokolmo se habian familiarizado hacia tiempo con la idea de la pérdida definitiva de Bremen y Verden, y Hannover, por otra parte, habia comprado á Dinamarca por una fuerte suma la cesion de ambos ducados, por lo que en la paz de Estokolmo firmada en 20 de noviembre de 1719 la reina Ulrica Leonor consintió en cederlos definitivamente, recibiendo en cambio Suecia del rey Jorge I un millon de thalers imperiales.

Conseguida la paz para sí y para su posesion alemana, quiso Inglaterra llegar á ser la potencia pacificadora del Norte y á esta tarea consagró todos sus esfuerzos, movida naturalmente por los intereses generales de la paz, pero impulsada tambien por sus propios deseos é intereses especiales. Rusia seguia siendo para ella el enemigo á quien era preciso vigilar constantemente y á cuyo encumbramiento habia que oponer todos los diques posibles (1). De aquí la

(1) Es muy instructiva la exposicion del residente prusiano en Londres, Bonnet, sobre el antagonismo entre Inglaterra y Rusia y sobre la situacion de Prusia entre ambas potencias: esta exposicion ha sido publicada por Droysen, tomo IV, pág. 378.